



# Cambios en la paternidad: reflexiones sobre algunos efectos en el psiquismo del niño hoy

*Psic. Víctor Guerra*

Pretender cercar un tema inagotable como el de la paternidad, es tan imposible como estimulante. En este trabajo expondré algunas ideas sobre este punto tan controversial, el de los cambios en "la paternidad" actual. Presente signado por cambios, caídas de certidumbres y de lugares considerados en otros momentos históricos como inamovibles.

Todo sacudir de estructuras reaseguradoras configura un campo donde la tentación es restablecer rápidamente ciertos axiomas que tanto nos brindan seguridad como asfixian la posibilidad de acostumbrarnos a respirar "los nuevos aires".

Por todo esto es que plantearé enfocar básicamente una arista posible: la de los cambios en la paternidad y en la parentalidad y sus posibles repercusiones en la estructuración psíquica de los niños, hoy.

¿Por qué esto? Porque es un campo donde he podido recoger cierta experiencia al escuchar y pensar junto a los padres (y sus niños) las peculiares conformaciones que van tomando estos puntos esbozados. Y a veces, después de escuchar cientos de veces ciertos aspectos que insisten y se repiten, uno se siente tentado a cuestionarse

*Alfredo Baldomir 2442 ap. 202  
Montevideo  
Tel. 709 97 01  
vguerra@internet.com.uy*

cuánto de lo que escucha trasciende la psicopatología individual, para convertirse en una cierta tendencia "cultural".<sup>1</sup>

Es desde ese lugar, que me planteo formular las preguntas y reflexiones que siguen.

### Sobre representaciones culturales

---

En un trabajo anterior (Guerra) intenté desarrollar algunas ideas al respecto, apelando a distintos órdenes de experiencia para profundizar en este tema. Desde diferentes campos de las ciencias sociales se ha abordado este tópico, así como desde la psicología y desde el psicoanálisis.

En lo personal, con una aproximación más centrada en la escucha clínica me he planteado la utilidad de apelar a las llamadas: "*representaciones culturales de la paternidad y de la infancia*".

Las podríamos definir como "una forma de conocimiento socialmente compartido, que tiene un sentido práctico y que converge en la construcción de una realidad común a un conjunto social", siendo además "un sistema de interpretación que rige nuestra relación con el mundo y los otros, orientan y organizan las conductas y las comunicaciones sociales" (Jodelet).

Estas representaciones culturales forman parte de todos nosotros y parecen ser una pauta que se trasmite consciente e inconscientemente sobre un modelo esperado de conducta parental. Operando desde el imaginario social, hace cuerpo en el espacio psíquico familiar (e individual), generando sentidos y actitudes específicas sobre el "ser padres".

Lo podemos tomar como un aspecto de la integración del sujeto a su entorno cultural, *dentro del plano de lo trans subjetivo*.

Esbocé la hipótesis de que encontraríamos una serie de *representaciones culturales de la paternidad* donde se esperaría de un padre:

- que se aleje lo más posible de la imagen de un padre autoritario* ("no quiero que mi hijo se sienta reprimido ni sometido").
- que no tenga una actitud directriz, ni directamente dominante* (siendo el niño el que muchas veces "dirige" su desarrollo).
- que a veces anteponga los "derechos" del niño a sus propios deseos* (para evitarle sufrimientos o traumas en su desarrollo).
- que sea "amigo" de su hijo, borrando las diferencias generacionales*

(“Yo quiero tratarlo de igual a igual, más que un padre quiero ser un amigo”).

*-que delegue precozmente en otros técnicos parte de la educación del hijo*

(y no en las experiencia de sus mayores –abuelos–, ni de sí mismos como padres).

En este último aspecto el sociólogo Filgueira plantea que la “pérdida de funciones de la familia es uno de los rasgos más notables de las tendencias sociales de nuestro tiempo. Históricamente muchas de las funciones tradicionales que en el pasado se asociaban a la unidad familiar han sido transferidas total o parcialmente a otras instituciones especializadas de la sociedad, por ejemplo ha habido una transferencia de buena parte de las funciones de socialización y educación hacia otras instituciones específicas”.

Con relación al niño diríamos que si tuviéramos que definir en pocas palabras lo que aparece como una de las imágenes deseables (representación cultural del niño) –en determinado ámbito social– del niño pequeño actual, nos inclinaríamos a pensarlo como:

*-activo*

*-espontáneo (casi transgresor)*

*-explorador*

*-persistente*

*-autónomo*

*-precoz (motriz e intelectualmente)*

*-conectado (en casi permanente interacción)<sup>2</sup>*

Esto implica que ha habido un cambio importante en el status del niño en nuestra cultura. Dentro del seno mismo de la familia el historiador De Mause plantea que a partir de la segunda mitad de este siglo se fue dando un cambio en las relaciones paterno-filiales, donde se da *la idea de que el niño sabe mejor que los padres lo que necesita en cada etapa de la vida e implica la plena participación de ambos padres en el desarrollo de la vida del niño, esforzándose por empatizar con él y satisfacer sus necesidades peculiares y crecientes, no supone intento alguno de corregir o formar “hábitos”. A diferencia de otras épocas no se tendería a darle golpes ni reprimirlos. Se buscaría responder continuamente a sus necesidades, jugar con él, tolerar sus regresiones, estar a su servicio y no a la inversa, interpretar sus conflictos emocionales y proporcionar los objetos adecuados a sus intereses en evolución.*

El autor plantea como resultado de esa “educación ideal”: “Su resultado es un niño amable, sincero, *que nunca está deprimido,*

*que nunca tiene un comportamiento imitativo, de voluntad firme, y en absoluto intimidado por la autoridad”.*

Vemos entonces como la “adquisición” de este hijo ideal estaría en relación con un cambio radical de la “clásica” función paterna.

## El padre actual y el bebé

---

Prestemos ahora un poco de atención a investigaciones recientes que dan cuenta de las características del funcionamiento del padre en relación con el bebé y su estructuración psíquica.

A través de diferentes conceptos se ha intentado poner palabras a ese terreno que se encontraba vacío en nuestro universo cultural: el del padre participando en la interacción temprana con su hijo. Así se han acuñado nuevos términos para intentar dar cuenta de la especificidad de los encuentros. Términos como: “Tríada”, “triadicidad”, “terceridad”, “tercerización”, “juego triádico”, “paternalización”, “coparentaje”, han comenzado a circular para nominar un lugar en cierta forma vacante en la teorización sobre la estructuración psíquica temprana (Lamour y otros, 2000; y Cupa y otros, 1998).

Algunos autores plantean que ya *desde el embarazo* y por la presencia de las ecografías se daría en el padre una reorganización de la imagen de sí y de sus identificaciones intergeneracionales (Cupa y otros, 2000).

Otras investigaciones mostrarían cómo los padres tienden a tener *una interacción más intensa y excitante* que las madres, utilizan menos los juguetes y se enganchan en juegos más físicos que implican una mayor insistencia en unirse y separarse (Frascarolo, 1997).

En lo referido al *lenguaje*: “el lenguaje paternal dirigido al bebé presenta los mismos aspectos de brevedad, de simplificación, de diversidad y de redundancias que los enunciados maternos, pero tienden a hablarles menos y a tener una interacción más física” (Labrell).

Con relación a *la diferencia de funcionamiento de los padres actuales*, Le Camus (2000) realizó una investigación en relación con dos grupos diferentes de padres en relación con sus hijos de nueve meses, donde se observó la interacción con un episodio de juego sin juguetes (cinco minutos), y un episodio de separación (después de haber avisado a sus hijos que los padres dejaban la habitación).

“De los dos grupos de padres, uno se *diferenciaba de las madres sobre el ángulo de la relación con la autoridad, a las*

*interdicciones y a la apertura del mundo.* El otro grupo estaban muy poco diferenciado de las madres.”

“Lo que se observó fue que en la parte de intercambios lúdicos, los padres ‘diferenciados’ tienen más interés que los otros en sostener el interés del bebé, en hacer eco a sus demandas y en utilizar los juguetes como un objeto social. Correlativamente sus bebés parecen más abiertos al entorno y menos dependientes con relación al adulto, menos ‘fusionados’, y realizan más manipulaciones que los otros cuando se les ofrece un juguete nuevo, como si prefirieran las situaciones nuevas a las situaciones ya conocidas.”

“En la fase de separación, los bebés del primer grupo (de los padres ‘diferenciados’) parecen comportarse de manera menos arcaica que los otros.”

La conclusión de la investigación sería que ya a la edad precoz de nueve meses, “diferenciación paternal y autonomía del niño parecen positivamente correlacionadas”.

¿Marcaría esto la importancia de la presencia del padre y de su particular forma de relacionarse con el bebé, donde tanto habría lugar para la calidez como para la interdicción como aporte más específico de su “lugar de padre”?

Sin embargo en la actualidad, como vimos, dicha función de interdicción parece desdibujada. Querría retomar un punto anteriormente señalado, el de la idea del “*padre amigo*”.

Asistimos al “*pasaje del padre padronne al padre-amigo*” (o al amigo-padre). Desde la perspectiva del “padre-amigo” hay un rechazo a lo que denominan como imagen autoritaria y arbitraria del ser padre. Se trataría de privilegiar un tipo de comunicación que implica una confianza importante en los vínculos y una creencia (hasta en el sentido de desmentida) en *el poder de decisión del hijo*. Hecho que se aprecia muchas veces en que en círculos de padres “más intelectuales” surgen ideas de lo negativo que puede ser contravenir los deseos del niño, porque ello podría minar su capacidad de decisión y su espontaneidad.<sup>3</sup>

### Del “*pater familis* a la coparentalidad”: ¿qué lugar para el niño y para la diferencia de las generaciones?

---

Parecería entonces que en nuestra cultura asistimos a una suerte de pasaje del “*pater familis* a la coparentalidad” –como plantea Malrieu–, entendida como una forma de llevar adelante la tarea de ser padres de manera compartida, sin delegar aspectos prácticos

de la crianza en la madre únicamente, como se daba en otra época. Se trataría de una pluralización de funciones, ejercidas con ciertos niveles de igualdad en el funcionamiento práctico de la crianza.

Esto configura un cambio muy importante en el plano de las mentalidades y las costumbres culturales, que implica una modificación significativa de los roles, con un beneficio para ambos.

Pero también nos encontramos asiduamente en la consulta con situaciones que nos hacen pensar en que ésta "coparentalidad" es llevada adelante en forma extrema, y la pluralización de la función parental parece deslizarse hacia una indiferenciación de roles. El uso de los verbos que definen un cierto accionar conjunto de la pareja como por ejemplo: "nos embarazamos", "lo parimos", o "hicimos el parto juntos y sentimos lo mismo", "amamantamos", "nos despertamos con él", "elegimos todo juntos", etcétera; en estos casos extremos marcarían una característica vincular que dejaría de denotar un plano simbólico de coparticipación, para pasar a ser concretamente "una estructura única de tres". Por cuanto (en algunos casos) cuando se habla en plural, no sólo se refieren a "padre y madre", sino que está incluido el hijo, en dicha "estructura única de tres".

En estas situaciones podemos observar cómo se daría un pasaje no tanto del "pater familis a la coparentalidad", sino un pasaje hacia "el niño rey" (como lo señala Lebovici). De esta manera el padre se acerca de una forma muy diferente en la relación con su hijo, porque entre otras cosas espera y desea que su hijo cumpla una serie de anhelos que le son propios. *Se daría un desplazamiento del rol prioritario desde un lugar a otro. ¿Al caer el "pater familis" se eleva el "niño rey"?*

Así en muchos casos se aprecia una atadura del niño a un goce imposible, donde el valor parece ser que el hijo detente un poder casi supremo, quedando "en suspenso", el lugar del padre.<sup>4</sup>

Esto conllevaría la idea de que es necesario estimular y brindar experiencias para que el niño "desarrolle tempranamente sus potencialidades" y su carácter.

Pero este aspecto muchas veces trae aparejado lo que De Lajonquière denomina "inversión temporal", ya que ese quedar pausado por el desarrollo de las potencialidades del niño "justifica el acto a favor de una realidad psicológica futura", signada por el fantasma fálico de que ese hijo alcanzaría un desarrollo "pleno" de dichas potencialidades. De esta manera si lo que cuenta es el futuro del hijo (en forma desmedida), vemos cómo algo del pasado queda desalojado. Los padres dicen: "el futuro es de los niños, ellos sí saben como manejarse con todos estos cambios tecnológicos".

Además este hecho está unido a lo que varios autores señalan con relación a la modificación de las categorías de *lo público y lo privado en la familia*.

Caetano señala que el trastocamiento de estas categorías generan una “*subjetividad externalizada*” donde se multiplican y fragmentan las privacidades. “También la familia pierde crecientemente las funciones de cría y de la educación de los niños [...] la capacidad de imprimir carácter en ámbitos que en la familia burguesa tradicional eran considerados los ámbitos más íntimos de la esfera privada.” Señala que “también se observa una tendencia a una ‘publicación de lo privado’ y a la ‘privatización de lo público’, con una fuerte tendencia al ensamblamiento de la esfera pública y al ámbito privado”.

Esa “subjetividad externalizada” cobra vigencia en el niño a través de la importancia de que él se “exprese”, sea “espontáneo”, y no dé muestras de pasividad o inhibición.

Corea y Lewcovicz también señalan que en este cambio de lo público y lo privado se constituye una subjetividad pautada por la dicotomía “*sujetos con imagen/sujetos privados de ella*”. Se produciría un cambio radical donde “el funcionamiento familiar actual –aun cuando se encuentre asistido por otras instituciones– ya no produce infantes”. Visión que marca una modificación en la construcción de las subjetividades. La máxima “*los niños son los hombres del mañana*” marcaría en esa prevalencia del futuro, “*una disolución de la infancia como edad de la espera*”.

De alguna manera esta modificación en las categorías nombradas y en la ubicación de lo temporal, deja también una marca en lo que se refiere a una forma de “trasmisión generacional”, ya que no tiene cabida en ese “apuro por crecer” y en esa búsqueda de “saberes y completudes” la primera generación, es decir la de los abuelos.

Sabemos que es una característica actual establecer una prioridad del saber sobre el niño en los diferentes técnicos que nos ocupamos de lo infantil, en detrimento de un saber que pueda provenir tanto de los abuelos como de los padres.

Establecido ese ideal en torno al “niño rey” como lo denomina Lebovici o el “His majesty the baby” freudiano, cobra una primacía suprema el futuro, no el pasado y esto también tiene efectos en la trasmisión de la cadena generacional.<sup>5</sup>

Así he observado en muchas situaciones cómo lentamente se va estableciendo una “*desmentida de las diferencias de las generaciones*” en esa especial estructura única de tres, y en el niño (que en general está muy estimulado cognitivamente) comienza a darse una

suerte de apego especial con los padres, a veces con ribetes tiránicos, emergiendo así ciertas dificultades en el punto que hoy por hoy preocupa en gran medida a los padres: *los límites y la inquietud*.<sup>6</sup>

Inquietud que como todo síntoma es expresión de muchas voces. Una de ellas estaría en relación con la dificultad en poder establecer un dique a sus pulsiones, teniendo la sensación de estar “abandonado” a sus impulsos (y a su pseudoautonomía), con la consiguiente hiperexcitación que puede llevar en muchos casos a ser diagnosticado erróneamente como “síndrome de déficit atencional con hiperactividad”.<sup>7</sup>

Son niños que al no haber transitado (junto a otras cosas) este aspecto de la diferencia de las generaciones, tienen dificultades en la tolerancia de la frustración y de la exclusión.<sup>8</sup> Asimismo presentan dificultades en poder alcanzar “la capacidad para estar a solas” (Winnicott),<sup>9</sup> y los padres los definen como “niños muy inteligentes pero que no saben jugar solos, salvo a juegos de computadora o video games donde muestran toda su capacidad”.

Podríamos pensar que el particular “lugar” donde lo coloca la cultura –el ser sujeto privilegiado del consumo (con el consiguiente bombardeo de estímulos y objetos a consumir);<sup>10</sup> y la ausencia del límite que marca la diferencia de roles y de las generaciones– no ayuda a tramitar una *capacidad de tolerancia de la espera* (“aplazamiento” como lo define Marcelli), y se ve distorsionada la *creación de un espacio potencial* (Winnicott) como mojón de la simbolización psicoanalítica.

### ¿El padre y la madre son iguales?

---

Esto conlleva otro punto polémico: ¿realmente tanto uno como otro (padre y madre) pueden ejercer una función u otra? (llamémosle más que materna, “narcisizante”, y más que paterna: “de corte”, como señala Gil).

De acuerdo a mi experiencia no me afilio a la idea de que “la entrada” del padre como lugar tercero está centralmente determinada por el lugar que la madre le dé en su deseo con relación al hijo. Diferentes investigaciones muestran el rol concreto que ejerce sobre el desarrollo del niño la presencia real de un padre, con su accionar específico.

Por lo tanto, y siguiendo lo que ya he señalado, hay un aporte más específico que aparece como marcante desde el inicio a través, por ejemplo, del uso de su cuerpo (que inevitablemente es *diferente* del la mujer), que posibilite que la función de corte pueda entrar



de “una forma masculina”, favoreciendo *mayores vivencias de discontinuidad y separación* propias del llamado “diálogo fásico”. (Le Camus, 1995)<sup>11</sup>

Esto no implica que no hay momentos donde la coparentalidad tiene un efecto fecundo, y creo que también en algo rinde tributo a la cronología (en el sentido de mojones de estructuración psíquica).

En este aspecto creo que prestar una escucha a la cronología puede servirnos de ayuda. ¿Es el mismo el cuidado que pueda hacer el padre y/o la madre cuando el niño tiene por ejemplo seis o siete años, del que podrían hacer cuando es un bebé pequeño?

Desde una perspectiva “culturalista” la respuesta podría ser que sí.

Podríamos coincidir parcialmente, ya que entiendo que hay una diferencia en cuanto a los momentos diferentes del desarrollo en que se encuentra el niño. Pretender pensar que el niño es “uno solo” a lo largo de la infancia nos enfrenta a diferentes riesgos. Pienso que hay tantos niños como mojones evolutivos se atraviesan. No es la misma función parental en los primeros meses, que a los dos-tres años cuando estalla el período de las rabietas y el oposicionismo y se pone en jaque en muchos aspectos a los padres.

Sostengo además que la latencia, por ejemplo, no es solamente un momento de relativo “silencio pulsional” y de incorporación de las reglas, sino también un momento donde las posibilidades de alternancia de las funciones materna y paterna se encuentran ancladas en un registro psíquico con un andamiaje estructural muy diferente al del bebé de menos de un año. Creo que allí las cosas son diferentes.

Porque, con el sostener (en forma extrema) la pluralización de las funciones, ¿no corremos el riesgo de prestarnos a *otra forma de desmentida de la diferencia?*, por cuanto el padre (hombre) puede hacer “todo” lo que hace la madre (mujer).

Estamos acostumbrados desde Freud a hablar de la “*envidia al pene*”. Podemos tener, a partir de los aportes de Lacan y los estructuralistas, una coincidencia en que más que hablar de pene podemos hablar de falo y de completud, circunscriptos por el fantasma fálico de que el otro lo posee todo.

De esta manera podríamos pensar, desde el hombre, en una “*envidia del potencial gestante de la mujer*”.<sup>12</sup> ¿Envidia que quedaría abolida con la coparticipación total en los roles “maternos”?

Gil plantea que en lo referente a “la función narcisizante el padre puede hacer lo mismo que la madre pero no lo hace de la misma manera”. No es igual la conducta del padre que la de la madre y la conducta del padre es distinta con los varones que con las niñas.

“Estas diferencias una vez más, no son expresión de una diferencia de esencia entre el hombre y la mujer sino que son diferencias culturales.”

Me permitiré, partiendo de consideraciones comunes, plantear una perspectiva diferente. Desde mi experiencia he podido apreciar que especialmente en los primeros tiempos hay algo del orden de una diferencia que se ancla en lo biológico, que implica que si bien el padre puede tener acceso al cuidado del bebé de acuerdo a las pautas culturales, más allá de ellas existiría un “plus” de ajenidad, que implicaría un nivel de contención (salvo que esté frenado por conflictos específicos) que la madre puede desempeñar de una forma diferente y más adecuada que el hombre.

Me afilio a la idea de Hurstel cuando señala que “desde el nacimiento el padre tiene una función para el bebé, mediatizada por la *relación de intimidad específica* de la madre con su bebé. Esta función se caracteriza por ser ‘continente’, de ‘envoltura’ de la relación de intimidad. [...] *Función que ayudaría a organizar la diferencia de los lugares dentro de la parentalidad* y a los que la madre y el bebé son referidos”.<sup>13</sup>

Cupa (1999) en su investigación muestra que si bien los padres se sienten muy participes desde el principio casi de igual a igual con las madres, señalan que “con relación a las crisis de llanto por ejemplo, los padres mostraban un fuerte sentimiento de incompetencia y de tener un saber a adquirir. Tienden a postular que las madres ‘saben’, y esto muchas veces los conduce a sentimientos de impotencia y hasta sentimientos de rivalidad con la madre del bebé”.

Este aspecto de diferencia en el acercamiento hacia el bebé enfrenta al padre “interactivo” a algo del orden de una renuncia,<sup>14</sup> ante la cual el hombre debería tolerarlo y participar desde otro lugar, pero aceptando (el límite y la frustración) que es la madre quien “marca diferencia” en lo específico del contacto con el bebé. Así como es desde el padre que se instaura una diferencia necesaria de la orientación del deseo desde la madre hacia el bebé y viceversa.<sup>15</sup>

Ya he planteado cómo una igualación de las funciones cercana a la indiferenciación conlleva ciertos efectos. Efectos que se asientan en las categorías teóricas que hemos definido como “*desmentida de las diferencias y de las generaciones*”, y que esto tendría repercusiones en la estructuración psíquica del niño. Dependerá de cada situación y de cada familia como colaborarán estos aspectos en la generación o no de una dificultad o patología.

De todas formas reiterando el hecho de estar ante un momento de cambio, debemos también dejar abierto un margen de duda

respecto a las premisas que presentamos. ¿Responderán a una "verdad" que acontece en la clínica y que observamos diariamente o la cualidad de nuestra observación está muy teñida por nuestra resistencia a los cambios que toda modificación cultural impone?

Como en tantas otras cosas habrá que dar tiempo para que ese particular dialogado entre teoría y clínica y clínica y teoría se decante, y abra paso a reflexiones menos teñidas de nuestros temores ante los cambios, y podamos estar un poco más cercanos a lo fecundo de las reformulaciones teóricas que nos impone la vida misma.

"La paternidad hoy" sigue siendo una pregunta abierta, y pregunta en su etimología nos remite a "praecuntare" que significa dudar, vacilar. Duda que evita certezas excesivamente categorizantes y que nos invita a confrontar ideas, a polemizar como recurso inevitable de avance de toda disciplina que intente incursionar por el territorio humano.

La polémica continúa abierta...

#### Notas

1. Estas reflexiones surgen de la experiencia de quince años de trabajo en la práctica privada y en el Jardín de Infantes "Maternalito", donde tuve la oportunidad de recibir consultas y seguimiento de más de 900 casos de niños entre los seis meses y los cinco años.
2. Por supuesto que ésta no es la "única" imagen de niño que se observa en nuestra cultura. También existen otras formas de ubicar al niño de otros grupos sociales. Este es un tema que excede lo aquí propuesto y que nos remitiría más específicamente a la opinión de sociólogos, antropólogos, historiadores, en una tarea de construir un vastísimo campo de conocimiento interdisciplinario.
3. En todos estos aspectos como siempre se conjugan aspectos de la historia personal y a modo de ejemplo podemos tomar la relación padre-hijo planteada en el filme *Atrápame si puedes* de S. Spielberg, donde (entre otras cosas) se ve cómo el hijo es quien debe restablecer el narcisismo herido del padre a través de una actitud transgresora y omnipotente, incluso un momento donde el protagonista (Leonardo Di Caprio) le pide a su padre que le ayude a frenarse con sus actitudes fraudulentas, el padre le dice que debe seguir y que nada lo puede detener, ya que el Estado lo frenó (¿castró?) a él.
4. Desde una perspectiva lacaniana y una interpretación personal de diversos fenómenos sociales Calligaris (1996), analiza este aspecto en Brasil, donde desde su punto de vista observa muchas situaciones en las que aparece en los padres una imposibilidad de reprimir (en el sentido de interdicción) "que parece testimoniar un verdadero fantasma relativo a la infancia. Donde el

niño muchas veces debería realizar el sueño paterno de un goce sin límites. Y un goce sin límites es un proyecto que implica la anulación de cualquier significante paterno”.

5. En el contexto cultural actual creo que cobran más primacía que nunca los planteos de Freud al respecto. Creo que hoy, más que en 1914, se espera que “El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, *restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él*, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación”.
6. Es bastante común que en estos casos la situación se vea precedida por trastornos de sueño en el primer año de vida. Trastorno que marcaría una dificultad de separación donde la “estructura única de tres” se trasladaría en la noche “a la cama de tres plazas”.
7. Queda abierto como tema de debate los diferentes motivos que explicarían el “boom” de niños diagnosticados con este “síndrome”.
8. Gil y Núñez también lo plantean claramente, cuando señalan: “La función narcisizante puede conducir a un sobreinversión del niño por una dedicación doble y exagerada hacia él por parte de ambos padres. *El resultado puede ser el de un niño despótico, absorbente, que disuelve, en la atención exclusiva que exige, el vínculo entre los padres*”.
9. Pienso que para poder alcanzar dicha “categoría” es necesario también que la madre pueda permitirse “estar a solas” en un espacio físico en común, pero psíquico diferente, con su deseo orientado hacia un tercer objeto (padre u otros objetos investidos).
10. Corea y Lewcovicz (1999) ponen un ejemplo de un eslogan publicitario que exhorta a una niña: “¡Encapríchate! Flan Sancorito o nada”, y a un niño: “¡Impónete! ¡Flan Sancorito!”, mostrando el aspecto del niño como objeto de consumo, la imposición en relación con el adulto y la intolerancia a la espera.
11. Concepto originado en oposición (y complemento) a lo que De Ajurriaguerra denominara “diálogo tónico (como algo más presente en la madre). El diálogo fásico toma su nombre por un lado siguiendo el modelo de la diferencia de la contracción muscular fásica “de tipo rápida y generadora de movimientos”; y de los aportes de Cosnier quien distingue “los afectos tónicos que se prolongan de manera continua por largos periodos, que son constitutivos de un tono afectivo de base, y los afectos fásicos transitorios, de naturaleza discontinua, momentos emocionales privilegiados que aparecen sobre el telón de fondo tónico”. Le Camus toma entonces lo fásico con relación al diálogo padre-niño como más particularmente adaptado a la apertura del entorno y “el diálogo madre-bebé estaría más ligado a la expresión de las emociones de los dos partenaires”.

Un desarrollo mayor de estos conceptos excede los objetivos de este trabajo, pero diremos que Le Camus marca la diferencia entre el “diálogo materno y paterno” en que el padre se mostraría menos “capaz para decodificar la mimo-gestualidad de la expresión del bebé; ocupa una posición del cuerpo más abierta y ocupando más espacio; que presentarían una motricidad general más expansiva; y que las madres tenderían a utilizar la mirada con más frecuencia y una duración mayor, y que se mostrarían con más posibilidades de expresión facial de sus emociones”. El bebé percibiría la

- diferencia de "olor, de fineza de la piel, de tonalidad vocal, de consistencia muscular, de fuerza de sostén, de manipulación, de dinamismo corporal".
12. Tema ya planteado por Klein con su gran sutileza clínica.
  13. A lo que se integrara a su vez, como lo plantea Casas: "la función del padre, como función ordenadora, que en última instancia pone de relieve la diferencia de los sexos y da lugar a la organización identificatoria, donde circulan los diversos lugares que ocupan los progenitores en la peripecia singular de la organización psíquica".
  14. En definitiva renuncia a la ilusión de que se puede hacer lo mismo que el otro, que se puede "igual" que el otro.
  15. Incluso en relación a una cultura tan particular como los Na de China, ("Une société sans père ni mère") donde como lo señala Gil, hay un desconocimiento de la paternidad (biológica) y la organización social no está basada en la familia (tal cual nosotros la conocemos), con una característica matrilineal donde los hijos son parte de la línea materna y desconocen al padre (biológico); igualmente (de acuerdo a mi interpretación personal) se encontrarían roles establecidos donde parte del cuidado del niño es tarea de la madre o de otras mujeres de la casa, y como lo señala J. Le Camus "El Tío materno juega un rol equivalente al del padre de otras sociedades, *salvo el de genitor (pues hay prohibición del incesto) [...] y si bien no hay 'padre' el niño está en contacto con hombres que tienen función de agente de autoridad y de soporte identificatorio*". ¿Esto no implicará que de una forma diferente a nuestra cultura se daría una conformación de roles y actitudes donde si bien no hay un reconocimiento de una paternidad biológica, sí la hay de una paternidad simbólica (Tío materno y otros hombres), que establecen una función de corte y prohibición del ligamen sexual con la madre? Y este aspecto que da cuenta de una peculiar organización entre *un sujeto con deseo* (el niño), *un objeto de deseo* (la madre) y una *prohibición* (de un hombre –o la cultura– que diría: "no tendrás relacionamiento sexual con ella, debes abrirte a otras"), ¿no marcaría una diferencia de roles en la "parentalidad", y en las generaciones? ¿A esto cómo lo podemos denominar? ¿Seguirlo nombrando como "metáfora edípica" (revisitada) será un arcaísmo?

### **Bibliografía**

- Caetano, G., "Algunas consideraciones a propósito del análisis de las relaciones entre lo público y lo privado", en *Los Vínculos en la Sociedad Actual*, AUPCV, Roca Viva, Montevideo, 1997.
- Calligaris, C., *Hello Brasil*, Escuta, São Paulo, 1996.
- Casas, M., "Función paterna en la familia en este fin de milenio", en *Revista APU*, N° 79/80, *Fin de Siglo-Milenio*, Montevideo, 1994.
- Corea, C. y Lewcovicz, I., *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*, Lumen, Buenos Aires, 1999.
- Cupa, D., Deschamps, H., Michel, F., Genyk, N. y Valdes, L., "La représentation d'une mère psychotique et la question du tiers", en Mazet, P. y Lebovici, S., *Psychiatrie périnatale*, PUF, Paris, 1998.
- Cupa, D., Deschamps, H., Michel, F. y Lebovici, S., "La constellation paternelle

- pendant la grossesse”, en Maury, M. y Lamour, M., *Alliances autour du bébé: de la recherche à la clinique*, PUF, Paris, 2000.
- De Mause, L., *Historia de la infancia*, Alianza, Madrid, 1982.
- Filgueira, C., *Sobre revoluciones ocultas: la familias en el Uruguay*, publicación de CEPAL, Montevideo, 1996.
- Frascarolo, F., “Les incidences de l’engagement paternel quotidien sur les modalités d’interaction ludique père-enfant et mère-enfant”, en *Le père et le jeune enfant*, *Revue Enfance*, PUF, Paris, 1997.
- Frascarolo, F., “Le père fail-il partie de la triade familiale?”, en *La problématique paternelle*, Erès, Paris, 2001.
- Freud, S. (1914) “Introducción del narcisismo”, *Obras completas*, T. XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 1986.
- Gil, D. y Núñez, S., *¿Por qué me has abandonado? El psicoanálisis y el fin de la sociedad patriarcal*, Ediciones Trilce, Montevideo, 2002.
- Guerra, V., “Sobre los vínculos padres-hijo en el fin de siglo y sus posibles repercusiones en el desarrollo del niño”, en *Revista APU*, N° 91, *Psicoanálisis 100 años después*, Montevideo, 2000.
- Hurstel, F., “Le père comme Alter”, en *La problématique paternelle*, Erès, Paris, 2001.
- Jodelet, D. “Representaciones sociales: un campo en expansión” (inédito).
- Labrell, D., “L’apport spécifique du père au développement cognitif du jeune enfant”, en “Le père et le jeune enfant”, *Revue Enfance*, 3, 1997.
- Lajonquière, de L., *Infancia e Ilusión (Psico)-Pedagógica*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1999.
- Lamour, M., Davidson, C. y Lebovici, S., “Le père dans la triade père-mère-bébé”, en Maury, M. y Lamour, M., *Alliances autour du bébé: de la recherche à la clinique*, PUF, Paris, 2000.
- Lebovici, S., “A propos du père” y “Texte inaugural”, en *La problématique paternelle*, Erès, Paris, 2001.
- Le Camus, J., “Le dialogue phasique: nouvelles perspectives dans l’étude des interactions père-bébé”, en *Revue de Neuropsychiatrie de l’enfance et de la adolescent*, 43 (1-2), 1995.
- Le Camus, J., *Le père éducateur du jeune enfant*, PUF, Paris, 1999.
- Le Camus, J., *Le vrai rôle du père*, Odile Jacob, Paris, 2000.
- Malrieu, P., “Du pater familias a la coparentalidad”, en *La problématique paternelle*, Erès, Paris, 2001.
- Marcelli, D., “La capacidad de surséance”, en *Position autistique*, PUF, Paris, 1985.
- Winnicott, D., *Realidad y juego*, Gedisa, Buenos Aires, 1971.

*palabras clave: función paterna, roles parentales, desmentida*